

Del Sr. Luis Restrepo Osorio

(Conferencia en la Hora Radial Bolivariana)

El hombre aparece como la más perfecta y noble entidad del universo: señor de la creación y "pariente" de Dios, armonioso compuesto de materia y espíritu, libre rector de sus destinos terrenos y participante de los fines eternos, amante de la belleza natural y natural belleza a la vez, es el ser que bajo cielo ha recibido dignidades que ningún otro sér ha obtenido. El pensamiento cristiano ha tenido por principal misión el relieves y demostrar estas dignidades humanas.

Mas, el hombre, anclado al mundo por una transitoria unión de cuerpo y alma, contrae durante su vida necesarios deberes para justificar sus dignidades superiores ante sí mismo, ante sus semejantes y ante su Creador. Y la realización de uno de estos sagrados deberes, la del bello deber de explicar nuestro "yo" y las cosas que nos rodean, se ha denominado con el dilatado nombre de **cultura**.

La cultura es un estado de perfección humana. Pero es un estado de perfección que en cada caso peculiar puede ser una forma, un ritmo y una dirección **que comprenden por entero al hombre**. Por esto definía Max Scheler a la cultura como una categoría del sér. Y por esto los griegos le daban un sentido de "entelequia" que colma nuestro microcosmos. Es que la cultura es una armonía, una estructura, un gobierno uniforme por principios y causas, por sabiduría y prudencia, de los conocimientos y sentimientos que en nuestro interior se forman como resultado de estar insertos en el cosmos y comunicados a su paisaje por las abiertas terrazas de nuestros sentidos. La cultura es como una orquesta integral en la cual cada uno de los instrumentos puede dar por sí solo, una infinita variedad de sonidos, pero que solamente bajo una regulación, ordenada por una dirección apropiada, produce la inefable sinfonía. Así en la cultura, como en la orquesta, las ciencias por separado dán sus motivos especiales, mas sólo coordinadas armónicamente vierten la sabiduría en las dimensiones del espíritu. Por lo tanto, cultura no es acumu-

lación, enciclopedia, cantidad, suma, poder y erudición, sino medida, ordenación, equilibrio, división apropiada, sentido apolíneo.

En el pensamiento antiguo, el ideal de Sócrates, Platón y Aristóteles era llegar a la cultura por dos caminos: el conocimiento y el amor en el dilatado sentido pagano. El cristianismo cambia esta última noción de vía, al concebir con San Agustín y Santo Tomás que las amplias pistas hacia la cultura son el conocimiento y la caridad, es decir, el aprendizaje de las ciencias y el amor a Dios proyectado en los semejantes. Se vé, por consiguiente, que en el fondo ambos pensamientos se unifican, ya que por una parte es amor en uno y otro sentido y por la otra, es el conocimiento que en ambos también, está fundamentado en la Metafísica, la cual, delimitando al sér como unidad, verdad y bondad, presta su materia especial a la antropología filosófica. Y así, en estos breves conceptos sobre el hombre y la cultura, que nos servirán para cimentar la noción de Universidad Pontificia, hemos arribado al conocimiento como una de las fuentes de la cultura, en el cual, la Universidad ha desempeñado a través de varias edades, un papel preponderante, papel altamente social, papel esencialmente humano.

La Universidad hunde sus raíces en esa nutricia capa de légame espiritual que es la Edad Media. Alimentada por la savia vivificante del cristianismo, especialmente del Pontificado, crece, florece y fructifica en el Renacimiento y en los siglos XVII y XVIII, renaciendo con fuerza inusitada en nuestro siglo después de su estancamiento moral durante el siglo XIX. Mas sólo la Edad Media podría haber sido la cuna de la concepción espiritual de la Universidad con fundamentos metafísicos y humanísticos; sólo podría haber nacido en ese orden que entre tierra y cielo se tendía desde el átomo hasta Dios, quien era colocado en el vértice de la jerarquía piramidal en que se constituía la humanidad, y en donde hasta las piedras alcanzaban el afán místico logrado en los frontispicios de las catedrales. Todo estaba distribuído y regulado en sentido de la corporación y del funcionamiento orgánico: la sociedad, el gobierno, la Iglesia y los "studium generale", que son el comienzo de la Universidad por allá en los siglos XII y XIII. Estos "studium generale" se fueron formando como una comunidad entre maestros y discípulos con fines culturales. Entonces, la cultura era exclusivo patrimonio de la Iglesia, ya que fue ésta la que mantuvo viva la luz de la ciencia en los oscuros siglos que prosiguieron a las emigraciones, la que preservó la literatura latina conservándola en los Monasterios de la Europa medioeval, la que en el período clásico de la escolástica retuvo el escalafón de las ciencias desde la Teología hasta la Física y fue quien de una manera especial, fundó, protegió e impulsó a esos "studium generale" que se iban formando al lado de los conventos y catedrales.

El término "universitas" significa en Derecho Romano "agrupación organizada corporativamente". Esta significación fija la idea general de Universidad que desde la Edad Media arriba hasta nues-

tros días. Por lo tanto, Universidad, concordando el significado práctico del término al sentido de cultura, es un gremio orgánico de maestros y discípulos en el cual, bajo la orientación de determinados fundamentos filosóficos, se adquiere sabiduría. Es esencial en el concepto de Universidad lo referente a los fundamentos filosóficos que la orientan, siendo en este punto donde estriba la diferencia de las universidades. Y esto se explica porque la Universidad ha sido siempre un fiel reflejo del espíritu de una edad, y el espíritu de una edad está informado por sus filósofos.

La Reforma rompe ese mosaico multicolor de las nacionalidades europeas que se agrupaban bajo el matiz de una misma religión. Y lenta pero continuamente, desde el siglo XVI hacia adelante, el humanismo va perdiendo su centro en Dios y lo va adquiriendo en el hombre mismo, considerado como medida de todas las cosas. Mas este nuevo humanismo antropocéntrico al obrar la desvinculación del hombre de ese universo teológico de causas, medios y fines, produce la disolución de la civilización medioeval y de su contenido eterno, ya que el ser humano desorientado ante su soledad en el cosmos, quería bastarse a sí mismo olvidando a Dios, desterrarse de los fundamentos de su ser y buscar locamente la razón de las cosas al perder la suprema razón de sí mismo.

Dentro de este nuevo ambiente, los escépticos y los librepensadores van preparando el camino de las nuevas teorías. Hobbes, Locke y Hume, dentro de ese tradicional empirismo inglés, le abonan el terreno a las groseras doctrinas de Smith y del utilitarismo de Bentham. Descartes, eleva la razón individual como único criterio de certeza. El criticismo kantiano con su idealismo trascendental, socaba en las conciencias las bases de la metafísica aristotélica. Augusto Comte inicia la era del positivismo, en la cual todas las falsas ideas de los pensadores filosóficos de la época, no tienen más función que sepultar lo ideal en medio del pragmatismo, el cientifismo y la utilidad.

Todo este caos de teorías que desintegraron la unidad cultural de la Edad Media y en el cual los progresos de la verdadera filosofía se confundían con los sofismas de los pseudo-filósofos, tuvo su proceso natural y lógico que como una impetuosa corriente desbordada, inundó con errores, males sociales y guerras los diques históricos de los siglos XVIII y XIX y aún hasta en nuestro siglo dejó sentir sus efectos devastadores y nefandos en las dos guerras mundiales. Es que todo problema social, económico y político es en el fondo problema filosófico y aún, más estrictamente, problema moral y religioso. El individualismo, el comunismo y el totalitarismo arrancan en sus más íntimas raigambres de distintas posiciones filosóficas ante la vida. Y si por ejemplo, en la posición positivo-científica se destruyen los valores universales de verdad, bien y justicia o su plexo jerárquico se descontrola dándole a determinado valor preponderancia desproporcionada, qué esperanzas pueden quedar para la paz mundial y para el

bienestar social de las naciones que se fundan precisamente sobre una base ética? Y por otra parte, dentro de algunas posiciones filosóficas que desconectan a la humanidad de sus fines sobrenaturales que la proyectan a Dios, han proclamado el sustituto arrogante e inverosímil del super-hombre. Pero estos orgullosos señores, olvidan que para unos modestos monjes medioevales, ser hombre es más difícil y superior puesto que ello significa corresponder adecuadamente a una naturaleza especial que toca el suelo con la materia mientras que con el espíritu palpa la suprema felicidad de lo Absoluto.

o

Nuestra grande y amada Universidad Católica Bolivariana ha recibido en estos días el título de Pontificia. Y si este es el motivo de esta conferencia, los motivos de nuestras anteriores apreciaciones sobre cultura y filosofía no tienen más fin que expresar lo que significa y entraña en estas horas históricas, Universidad Pontificia.

Las universidades actuales ostentan posiciones filosóficas bien definidas. Por una parte, podríamos determinar, en términos generales, las Universidades Pragmatistas que, herederas del cientifismo del siglo pasado, desconocen toda fundamentación metafísica. En estas, el concepto de Universidad, propiamente dicho, no puede tener cabida puesto que sólo pueden considerarse como un conjunto de facultades desconectadas, ya que su vínculo filosófico no existe y sólo en ellas se cree en la "técnica", la "utilidad" y la "práctica" como únicos principios rectores del pensamiento. Y es así como en estas universidades la taquigrafía tiene el mismo rango que la literatura y el Derecho Constitucional, y hasta tal vez sea más altamente apreciada, al menos mejor cotizada. En todas partes del mundo se encuentran esta clase de universidades, pero más especialmente en Rusia y los Estados Unidos.

De otro lado se pueden caracterizar las universidades positivistas, primas hermanas de las puramente pragmatistas, en las cuales los fundamentos coherentes de las diversas ramas de las ciencias están basados en la utópica Metafísica Positiva que defienden la Escuela de Viena y Guillermo Wundt. Sus antepasados inmediatos son el Racionalismo y el Naturalismo del siglo XVIII y, en el presente, consideran que la Teología y la especulación metafísica aristotélica no son producto de la razón sino de la opinión y que por lo tanto, "no son ciencias sino creencias superticiosas y almacén de fidelidades sentimentales". Para ellos no hay más criterio de verdad que el laboratorio y el empirismo lógico. Las ciencias teóricas las reducen a datos estadísticos, fenómenos naturales y experiencias sociales que no tienen más realidad que la que presentan como hechos dados.

Contrastando notablemente con las dos clases anteriores, se presentan por fin las universidades que basadas en serios principios filosóficos, mantienen el verdadero concepto de Universidad y la tradición académica que desde la Edad Media llega hasta nosotros. Sus diferencias no van más allá de ciertos matices especulativos, pero se

identifican en mantener la jerarquía de las ciencias, el sentido orgánico de la Universidad, la fundamentación metafísica, los sistemas educativos anclados en una concepción total de la vida y la necesidad de una sana moral que garantice el desarrollo y buen aprovechamiento de las cualidades intelectuales del estudiante. En general todas las más rancias universidades de Europa y en especial las de Alemania, tienen estos lineamientos generales. Y entre ellas descuellan las universidades católicas, especialmente las pontificias, tanto europeas como americanas.

Por lo tanto, el título de Pontificia acarrea para una Universidad un significado claro y profundo ante la inteligencia; significado que es a la vez bandera y misión, galardón y pauta en medio de la cultura universal y en medio de un mundo desorientado y estremecido por las falsas ideologías.

Quiere decir el título de Pontificia, que nuestra gloriosa Universidad se conecta directamente a la más elevada cátedra del pensamiento, cual es el Pontificado. Conexión esta que garantiza el supremo ideal de una Universidad moderna, cual es la perfecta unidad entre Ciencia, Filosofía y Religión. Porque sólo en la consecución de este ideal se puede entender a la Universidad como una verdadera personificación moral de la cultura. Y para conseguirlo, debemos atender aquellas palabras de Santo Tomás que tienen validez para todos los tiempos, respecto a los grados de abstracción del pensamiento: "Es un pecado contra la inteligencia, querer proceder de idéntica manera en los dominios esencialmente diferentes del conocimiento especulativo, en los dominios de la física, las matemáticas y la metafísica".

Así, sobre estos cimientos de fé y de verdad, una Universidad Pontificia representa también una avanzada en el campo del Humanismo Cristiano, de ese "Humanismo Integral" de que nos habla Jacques Maritain como un compendio de sabiduría y de moral, de verdades científicas y verdades reveladas para que el hombre viva en paz con sus semejantes y ame a Dios como su supremo fin.

Y por último, una Universidad Pontificia comprende además que ella está sostenida por una tradición de veinte siglos y por la eterna noción católica de la vida y de la realidad. Tradición y noción activa que constituyen un firme estribo para su progreso y, por ende, para el progreso social del cual la Universidad es al mismo tiempo estímulo y reflejo, guía y sostén. Historia e impulso que vinculan en nuestra Universidad desde el Rector magnífico hasta el más pequeño estudiante en la tarea más elevada y noble de todas las edades: ser cristianos.

